

El Ideario Político y la Evolución Ideológica de Donoso Cortés.

Luis Gonzalo Díez

Universidad Madrileña Francisco de Vitoria.

Resumen

Las contradicciones del proceso de creación de la España liberal, en la primera mitad del XIX, hallan en la figura de Juan Donoso Cortés una de sus expresiones más características. Como su coetáneo y antagonista ideológico, Mariano José de Larra, el caso representado por Donoso muestra cómo el liberalismo ganó adeptos en amplios sectores de la sociedad española gracias a la flexibilidad de su discurso. Esto le permitió oscilar entre versiones más o menos conservadoras, más o menos progresistas del mismo capaces de convertirlo en el estilete retórico de una gran obra de transformación política. Donoso se dejó ganar por una versión tradicionalista del liberalismo que lo presentaba como el agente histórico de una necesaria reforma del absolutismo. Pero cuando la revolución liberal empezó a dar signos de ser mucho más que una reforma y a comprometer principios innegociables para Donoso como el de la unidad monárquica del poder, éste rompió con el liberalismo y extremó su ideario tradicionalista hasta configurarlo en términos de un conservadurismo antiliberal.

El Ideario Político y la Evolución Ideológica de Donoso Cortés.

Luis Gonzalo Díez

Universidad Madrileña Francisco de Vitoria.

I

La figura del pensador, periodista, político y diplomático español Juan Donoso Cortés (1809-1853) resulta, aun hoy en día, en extremo polémica y controvertida. Su nombre suele asociarse a dos hechos que han dificultado la formación de un juicio histórico objetivo sobre su pensamiento y el lugar que ocupa en la historia de las derechas españolas. En primer lugar, su defensa de la “dictadura del sable” frente a la “dictadura del puñal” como método preventivo para impedir, en la tesitura revolucionaria de 1848, la llegada de los socialistas al poder tanto en España como en Europa. En segundo lugar, y en función de la anterior defensa, el uso interesado que algunos intelectuales hicieron de su figura en el régimen franquista para legitimar a éste.

El primero de esos hechos debe mucho a una obra decisiva tanto en la revaloración de Donoso como en la malinterpretación del mismo: *Interpretación europea de Donoso Cortés*, de Carl Schmitt¹. En ella, el jurista alemán vincula al pensador extremeño con su “decisionismo” político, con el paso “de la legitimidad a la dictadura”, con la conciencia de un cierto legitimismo monárquico de que el desafío socialista demandaba soluciones mucho más drásticas y expeditivas que las suministradas por las estructuras de la “Monarquía cristiana”. Donoso era convertido así en un visionario que fue capaz de concebir la inutilidad de una estrategia tradicionalista y formalmente conservadora en la época de la moderna guerra ideológica, la necesidad de romper con la idea de Joseph de Maistre de que “la contrarrevolución no será una revolución contraria, sino lo contrario de una revolución” y de canalizar el autoritarismo político de derechas por la vía de la reacción pura y dura.

Esta interpretación de Donoso distorsiona su figura y pensamiento porque aplica categorías propias del siglo XX, las, en el caso de Schmitt, sedimentadas en los conflictos políticos de la Alemania de los años veinte y treinta del siglo pasado, a la comprensión de un conservador antiliberal del siglo XIX. Pues Donoso no fue otra cosa sino esto, un claro exponente del rechazo que, en medios ideológicos muy diversos, podía llegar a provocar el liberalismo como tipo de Estado, sociedad y, sobre todo, atmósfera moral corruptora de los deberes que, en el pasado, ligaban a las personas entre sí. El liberalismo favorecía el “deseo de figurar” y la “idolatría del ingenio”, la apetencia de riquezas, la voluntad de poder, el inconformismo con el lugar que una sociedad jerárquica asigna a cada individuo, etc; desataba el imperio de las pasiones motivando una inestabilidad política y social crónica oscilante entre la anarquía y el despotismo.

Donoso tuvo una experiencia directa de todos estos males en la España de los años treinta, cuarenta y comienzos de los cincuenta del XIX. En la España de la revolución liberal, a la que, en un principio, se sumó con entusiasmo siendo un joven de apenas veinticinco años situado en el bando *crístico*². Este Donoso liberal encontró en lo que eran los primeros

¹ Schmitt, Carl (1963): *Interpretación europea de Donoso Cortés* (Madrid. Rialp. Prólogo de Ángel López-Amo)

² Prueba de esta toma de partido a favor de María Cristina y las reformas políticas es la *Memoria sobre la Monarquía* (1832), opúsculo dirigido a Fernando VII con el que Donoso hizo su aparición en la vida pública española como un acérrimo defensor de la causa crística frente al carlismo

pasos del partido moderado una tribuna periodística y política para defender su proyecto frente a los progresistas y los carlistas. Firmemente anclado en nociones de tipo tradicionalista sobre el poder político, siendo la principal su concepción unitaria del mismo, que identificaba con la figura del monarca, creyó durante un tiempo, posiblemente hasta comienzos de los años cuarenta, que la revolución liberal no era más que una *reactualización* de determinados contenidos tradicionales en el medio moderno del Gobierno representativo, el ascenso de las clases medias y la transformación industrial.

Donoso pensaba que la Monarquía absoluta necesitaba de una honda reforma no porque se fundase en un poder unitario, sino por vincular éste con el declive del Parlamento. La raíz de toda “Monarquía cristiana” era armonizar la unidad del poder con su necesaria limitación³, y ahí el Parlamento jugaba un papel esencial. De ahí que la revolución liberal y el Gobierno representativo se presentasen como una opción para solucionar los defectos de la Monarquía absoluta en un nuevo contexto histórico. La modernidad social y económica de éste no planteaba ningún problema a Donoso, que, en su etapa liberal, llegó a hablar de las clases medias como “aristocracias legítimas”, siempre y cuando no se cuestionara la unidad monárquica del poder. En un primer momento, valoró la Monarquía constitucional como el expediente político adecuado para superar la etapa absolutista y garantizar la continuidad histórica de la nación española.

Sin embargo, a medida que Donoso fue tomando conciencia de lo que implicaban las nuevas realidades, y ello a partir de su experiencia directa de las mismas como uno de los ideólogos y periodistas de los sectores más duros del moderantismo, siempre ligado a la facción de María Cristina; a medida que fue calibrando que las *formas* modernas no preservaban los *contenidos* tradicionales, sino que implicaban *contenidos* también modernos, empezó a revisar su condición de liberal y el proceso histórico al que, en un primer momento, se había sumado con entusiasmo.

Los *contenidos* tradicionales que, en una Monarquía reformada en el horizonte de la modernidad, debían conservar su espíritu cristiano y asegurar la continuidad histórica de la nación española eran subvertidos por el empuje revolucionario de las nuevas circunstancias. Así, la concepción unitaria y limitada, monárquica, popular y religiosa del poder; la vertebración jerárquica del espacio público y el fundamento moral, según deberes claramente definidos, de las relaciones sociales y políticas dejaban su lugar a la división y socialización del poder, la desaparición de las “jerarquías sociales”, la pérdida de sentido religioso y el predominio de las “cuestiones económicas”. Desengañado de su temprana filiación liberal y extenuado por las luchas intestinas dentro del partido moderado, Donoso terminará caracterizando al liberalismo como “el mal, el puro mal, el mal esencial y sustancial” y persuadiéndose de que:

“O hay quien dé al traste con esas instituciones (las liberales) o esas instituciones darán al traste con la nación española, como con toda Europa”⁴.

II

El antiliberalismo donosiano no será el conducto para llegar al tradicionalismo como ideario político pues una versión embrionaria del último ya se encuentra más o menos perfilada en el Donoso liberal. Éste, como hemos visto, pensó

y de la moderación frente a los radicales.

³ Para Donoso, la “unidad del poder no supone el despotismo, ni siquiera el absolutismo porque el poder (...), siendo uno, puede estar rodeado de instituciones que lo limiten” (Donoso Cortés, Juan (1992): *Artículos políticos en El Piloto* (Eunsa. Pamplona. Introducción de Federico Suárez).

⁴ Donoso Cortés, Juan (1946): *Obras Completas, II* (Madrid. B.A.C. Recopiladas y anotadas por Juan Juretschke).

durante los años treinta que la revolución liberal no significaba un punto de inflexión en la historia de España, sino una *reactualización* de las estructuras de la Monarquía y sociedad cristianas en un medio moderno, estructuras que habían entrado en una cierta decadencia durante la etapa absolutista. Esta interpretación *tradicionalista* del liberalismo se vino abajo una vez que Donoso se hubo convencido de que la revolución liberal era eso, una revolución que no venía a reactualizar ni reformar nada, sino a ponerlo todo patas arriba. Su antiliberalismo, tal y como empieza a perfilarse en el comienzo de la década de los cuarenta, no hizo sino decantar en formas tradicionalistas más nítidas su ideario y, sobre todo, orientarlo críticamente en una época dominada por ideas tan poco tradicionales como las de igualdad y derechos.

Pero no por ser un antiliberal Donoso dejó de ser un conservador y se transformó en un reaccionario para el cual un poder ilimitado surgido de la nada sería asumible siempre y cuando plantase cara a los socialistas, tesis defendida por Carl Schmitt. En primer lugar, el pensador extremeño se mantuvo como un aliado incondicional de María Cristina e Isabel II. En segundo lugar, aunque internamente su ruptura con el moderantismo se remonta a comienzos de los años cuarenta, no hizo explícita la misma hasta el inicio de la década siguiente, en su famoso *Discurso sobre la situación de España*, donde, en una intervención parlamentaria que levantó una gran polvareda en la época, retiró su apoyo al gobierno de Narváez. En tercer lugar, Donoso siguió vinculado a la España liberal como embajador en Francia, puesto en el que murió.

A estos factores históricos se unen los doctrinales. Pese a su ruptura con el liberalismo, el pensador extremeño no abandonó el legitimismo monárquico como principio político ni el tradicionalismo como ideario. Ser antiliberal no significó para él renunciar a la ortodoxia de un cierto conservadurismo de raíz monárquica y religiosa. Para nada, es un exponente de ese nuevo conservador, dinámico y versátil capaz de renunciar a sus convicciones más hondas debido al desafío ideológico de las ideologías radicales, a las que se debía responder con su propia medicina. Este conservador de nuevo cuño, el reaccionario pensado por Schmitt, tan próximo ya a lo que será el fascismo, no tiene nada que ver con Donoso, por extremo que fuese su antiliberalismo y sobrecargada la retórica en que lo expresó. Quizás, la frase que mejor representa el talante político y doctrinal del pensador extremeño sea la siguiente:

“Yo represento la tradición, por la cual son lo que son las naciones en toda la dilatación de los siglos”⁵.

III

La defensa de la “dictadura del sable” frente a la “dictadura del puñal” motivada por el espectro socialista que sobrevoló las revoluciones europeas de 1848 no implicó, para Donoso, un cambio de dirección doctrinal que de legitimista lo convirtiera en decisionista. Esa defensa la hizo en los términos de una estrategia puntual del gobierno para evitar la llegada al poder de los socialistas, no como el principio del dismantelamiento de la “Monarquía cristiana”. Además, la verdadera cuestión candente en la recurrencia a la dictadura no era tanto el socialismo como el liberalismo. Pues la descomposición del Estado y la sociedad provocada por éste último había motivado el surgimiento de los *nuevos bárbaros*. De ahí que el expediente dictatorial, aun dirigido a evitar el triunfo de aquellas hordas, reflejara una crítica implícita al caldo de cultivo de las mismas, a la nefasta atmósfera moral que había viciado las nociones más sagradas. Fueron los liberales quienes abrieron la caja de los truenos. Y ya avisaba Donoso de que:

⁵ Donoso Cortés (1946): OO. CC., II, 343.

“Los siglos de los argumentadores son los siglos de los sofistas y los siglos de los sofistas son los siglos de las grandes decadencias. Detrás de los sofistas vienen siempre los bárbaros, enviados por Dios para cortar con su espada el hilo del argumento”⁶.

Se comprende que las revoluciones de 1848, en lo que tuvieron de reacción contra el mundo liberal-burgués⁷, fuesen bien vistas por Donoso. Éste pensaba que, una vez controlada la amenaza socialista y desmanteladas las instituciones liberales aprovechando el impulso revolucionario, cabría reactualizar la “Monarquía cristiana” tras sus versiones *absolutista* y *constitucional* en nuevos odres, los de un entendimiento directo entre el rey y el pueblo que soslayase el paso en falso de esa caótica jerarquía social que habían sido las clases medias.

El pensador extremeño no llegó a apuntalar esta nueva línea de su pensamiento porque murió en 1853, pero en los despachos que, como embajador en Francia, envió al Ministerio se barruntan los perfiles de una nueva constelación histórica de su pensamiento donde la Monarquía, liberada de la trampa del parlamentarismo, adquiere unos perfiles populistas y plebiscitarios. Esto es lo más lejos que Donoso llegó como conservador antiliberal, a la asunción de que el declive del liberalismo oligárquico y el advenimiento de tiempos más democráticos podía tramitarse según una lectura monárquica y tradicionalista de estos últimos. Pues, al fin y al cabo, el pueblo siempre sería más fácilmente reconducible a planteamientos monárquicos y religiosos que la ambiciosa, descreída e individualista clase media.

Incluso este último Donoso tan flexible en su novedoso abordamiento de la democracia siguió con los pies bien firmes sobre el suelo del legitimismo monárquico y el tradicionalismo político. Y es que, de principio a fin, fue un conservador ortodoxo cuya evolución ideológica no entraña un cambio doctrinal relevante, sino una toma de conciencia sobre la distancia que separaba a un tradicionalista como él de, incluso, las versiones más moderadas y templadas del liberalismo que abrazó en un principio.

⁶ Ibid.; 213.

⁷ “La revolución de febrero (de 1848 en Francia) es a las clases medias lo que la de 1789 fue a las clases aristocráticas” (Ibid., 697).